

EL ESPÍRITU SANTO COMO *DON* EN EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN

THE HOLY SPIRIT AS
GIFT IN THE THOUGHT
OF ST. AUGUSTINE

OSMAN DANIEL CHOQUE ALIAGA

Licenciado en Filosofía y Teología de la Universidad Católica Boliviana. Especialista en Filosofía Contemporánea de la Universidad de San Buenaventura de Bogotá, Colombia; estudiante de la Maestría en Filosofía Contemporánea, de la misma Universidad.
Correo electrónico: junker.odca@gmail.com

Recibido el 20 de octubre de 2014/Aprobado el 20 de febrero de 2015

Resumen

El papa Pablo VI, después del Concilio Vaticano II, decía que luego de la cristología y la eclesiología debía suceder un estudio del Espíritu Santo. La manera más destacada de un estudio del mismo puede ser la atención a la voz del Espíritu. ¿Cómo escuchamos hoy la voz del Espíritu Santo? Para estar atentos a su llamado y saber dar respuesta caemos en la necesidad de comprender la manera en cómo actúa y qué nos da el Espíritu Santo. San Agustín ha desarrollado, alrededor de los siglos IV y V, la cuestión de la Trinidad; a partir de ese estudio, hemos de comprender toda la magnitud de ese desenvolvimiento acerca del misterio de la Trinidad y del rol del Espíritu Santo en el mismo. Pasando por las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo desencadenaremos la intuición más imprescindible: el sentido de llamar al Espíritu Santo como don y la manera en cómo se nos ha dado. La pneumatología agustiniana puede tornarse, entonces, como un pilar para comprender el misterio del Espíritu Santo. Elaborar una pneumatología que

vaya de la mano de nuestra Iglesia latinoamericana: una pneumatología dirigida hacia la praxis y hacia la historia

Palabras clave

Trinidad, Espíritu Santo, relaciones intratrinitarias, don, amor, procedencia.

Abstract

The Pope Paul VI after the Second Vatican Council, said that after the Christology and ecclesiology should happen a study of the Holy Spirit. The most prominently a study of it can be attention to the voice of the Spirit. ¿How to hear the voice of the Holy Spirit today? For to be attentive to his call and know to respond fall into the need to understand the way how it works and what gives us the Holy Spirit. San Agustín has developed, around the IV and V centuries, the question about the Trinity. From this study, we understand the full extent of this development on the mystery of the Trinity and the role of the Holy Spirit in it. Including relations between the Father, the Son and the Holy Spirit will unleash the most essential intuition: the sense of calling the Holy Spirit as a gift and the way how it is given. The Augustinian pneumatology can become, then, as a pillar to understand the mystery of the Holy Spirit. Develop a pneumatology that goes hand in hand with our Latin American Church: A pneumatology directed toward praxis and into history.

Keywords

Trinidad, Holy Spirit, intratrinitarian relationships, gift, love, source.

Sumario

Introducción. ¿Quién es el Espíritu Santo? Las relaciones divinas. El Espíritu Santo como don. Conclusión. Referencias bibliográficas.

Introducción

La intención con la que fue escrito este artículo es la de responder a una pregunta que desde no hace mucho tiempo ha venido haciéndose cada vez más latente: ¿escuchamos la voz del Espíritu Santo?

Congar, uno de los teólogos más influyentes en el Concilio Vaticano II, tiene la siguiente valoración de la pneumatología agustiniana:

El pensamiento y la obra de san Agustín eran tan ricos que fecundaron y alimentaron la reflexión de los doctores de la Edad Media. En teología trinitaria abrieron dos caminos por los que se desarrollaron dos grandes corrientes. Una continúa el análisis de las actividades del espíritu, inteligencia y amor. Es el camino seguido por san Anselmo y santo Tomás. La otra corriente se entregó al tema de Dios-caridad y al del Espíritu lazo de amor mutuo entre el Padre y el Hijo. Es el camino que siguieron, con diversos planteamientos, Acordo y Ricardo de San Víctor, san Buenaventura y la escuela franciscana. (Congar, 1991, p. 533)

Junto a Congar nos unimos al segundo camino trazado por la teología trinitaria: el lazo de amor mutuo entre el Padre y el Hijo. En este sentido, el lector encontrará en el presente texto la respuesta a la pregunta: ¿Quién es el Espíritu Santo? Recurriré por ello a las agudas e importantes intuiciones del obispo de Hipona: san Agustín. Él nos propone, en *De Trinitate*, una lectura basada y anclada fundamentalmente en el misterio de la Trinidad y en el esfuerzo de la mente humana para comprenderlo. Dios es Trino: es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo. Podemos deducir, a partir de lo anterior, que el Espíritu Santo, junto con el Padre y el Hijo, forman la Trinidad. Dios es uno y es Trino; de manera que el Espíritu Santo es Dios y, a la vez, forma parte de la Trinidad. La manifestación del Padre y la del Hijo van simultáneas a la manifestación del Espíritu Santo. Lo que ha llevado a cabo san Agustín ha sido seguir la tradición de fe iniciada por los apóstoles. La doctrina agustiniana acerca del misterio de la Trinidad no es sino la constancia y fidelidad a esa cumbre tradición.

Es por esa razón que ha sido inevitable caer en las descripciones con relación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Temática que se ha abordado a partir de la cuestión: la Trinidad es Dios, y toda la complejidad que de ello emana. Es decir, ¿de qué manera es posible comprender la deidad que contiene la Trinidad?, ¿cuántos dioses engloba la Trinidad si son tres dioses en un solo Dios?

Las Relaciones Divinas han sido otro punto que ha llamado nuestra atención. La diferencia del Espíritu Santo con relación al Padre y al Hijo ha sido tratada a partir de los acápites sobre la procedencia del Espíritu Santo a partir del

primero como del segundo. Y no solo se ha querido marcar ciertas diferencias sino sobre todo profundizar en las relaciones intratrinitarias.

Fundamentalmente, el texto hace hincapié en la denominación de que se ha servido san Agustín acerca del Espíritu Santo cuando lo ha denominado como don. Llegar a este apartado no hubiera sido posible, como se ha mencionado, sin un acercamiento a la Trinidad *ad intra*. La manifestación interna entre las tres personas ha terminado mostrando cómo se puede comprender el don que nos ofrece el Espíritu Santo, que es don del Padre y es don del Hijo. Para comprender dicho don ha sido necesario hablar del simbolismo del Espíritu Santo. El dedo de Dios es, quizás, la característica más cercana al lenguaje y la más fácil de entender si se mira el texto como la oportunidad para acrecentar la fe en el Dios Trino. El don del Espíritu Santo se nos ha dado principalmente en el bautismo y el mismo nos remite a una obligación que parte del hecho de que no solo debemos recibir los dones, sino también enriquecerlos y sobre todo compartirlos. Todo ello es posible si nuestra fe se nutre cada día y agradece los dones que el Espíritu Santo nos da gratuitamente.

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo en el misterio de la Trinidad

Comencemos citando el famoso símbolo de fe, el *Quicumque*:

[...] Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad. Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

Igualmente, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

Así, Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

El Padre por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado.

El Hijo fue por solo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede.

Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres Padres;

un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales. De suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad. (Royo, 2002, pp. 13-14)

El recuerdo vivo del *Quicumque* ha sido citado por varias razones. La primera está relacionada con la interpretación fiel que san Agustín hace del mismo, pues hablar del Espíritu Santo es quizás hacer algo parecido a citas a pie de página acerca del símbolo de fe citado. La segunda se dirige en cuestión al contenido doctrinal del *Quicumque*, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola persona, ninguno fue creado antes, pues proceden de un solo movimiento; todo aquello que decimos de Dios, es decir, todas aquellas facultades que podemos atribuirle son y van dirigidas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En este sentido, hablar del Espíritu Santo a partir de san Agustín tiene una importancia actual. Esta va dirigida a los nuevos hechos y sujetos que dentro y fuera de la Iglesia han ido surgiendo. Movimientos Pentecostales, como se da en América Latina, han ido creciendo con una fuerza cada vez más numerosa; la fe en América Latina se ha encarnado esta vez en nuevos sujetos como la mujer y las nuevas culturas, por ejemplo. Ante estas dos apariciones, que citamos sin miras a profundizar, podemos preguntarnos: ¿es ello una actuación del Espíritu Santo?, o tal vez, ¿cómo escuchamos la voz del Espíritu Santo?, ¿qué tipo de don se nos es dado a partir de su benevolencia?; y entonces, ¿dónde encontramos la importancia de este tema con relación a la Iglesia? Hablar del Espíritu Santo es hablar de la fuerza que tiene de suyo la Iglesia: “Lo que es el alma al cuerpo del hombre es el Espíritu Santo al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia” (Agustín, 1983, 267, 4).¹

Toda la tradición patristica, a la que san Agustín pertenece, ha seguido el contenido del dogma de la Trinidad. Toda la Iglesia se ha servido del mismo. Este símbolo de fe resume y emana, a la vez, el contenido fundamental del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por esta razón, es decir, por seguir una línea de interpretación que se ha desencadenado alrededor de la Tradición Apostólica hasta hoy, la doctrina de san Agustín ha nacido y se ha formado fundamentalmente a partir de ella. No vamos a decir lo que dijo san Agustín acerca de la Trinidad, sino cómo la interpretó; y a partir de ello, cómo hemos entendido la doctrina acerca del Espíritu Santo como don. Estas razones han sido las que nos han llevado a citar el *Quicumque*; pues toda la doctrina de san Agustín ha sido un fiel espejo de este símbolo. Una vez más, san Agustín ha confirmado la ortodoxia de su doctrina.

1 La numeración que se utiliza en este trabajo para todas las citas de san Agustín corresponde a la citación tradicional de las *Obras completas* editadas por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

El Espíritu Santo va de la mano de la divinidad del Padre y de la divinidad del Hijo: “El Espíritu Santo de naturaleza no inferior al Padre y al Hijo, sino, por decirlo así, consustancial y coeterno, porque esa Trinidad es un solo Dios” (Agustín, 1988b, 9, 16). Pues bien, hemos de tomar con importancia significativa la cita anterior, de manera que él mismo nos agarre de la mano y como un “pedagogo” nos lleve caminando por las sendas del misterio de la Trinidad; que dirija nuestros pensamientos y nuestras mentes ante el Espíritu Santo.

Para san Agustín, el Espíritu Santo tiene una naturaleza preeminente: “el Padre es el Padre, y el Hijo es el Hijo, y el Espíritu Santo es el Espíritu Santo, y esta Trinidad es un solo Dios” (Agustín, 1988b, 9, 16). Esta ha sido la característica fundamental que la fe ha mantenido durante mucho tiempo: un Dios en tres personas. Quizás el entendimiento humano manifieste mucho recelo ante tal comprensión; en este sentido, no podemos olvidar tan fácil que de lo que se trata es de un misterio. El misterio de la Trinidad, a partir del cual reflexionamos en torno al Espíritu Santo, es inabarcable a la mente humana. Moriones dice al respecto: “misterio de la Trinidad, que sobrepasa el entendimiento humano. Ante la magnitud del misterio la mente se turba” (1993, p. 366). Sin embargo, es por la fe que llegamos a comprender, o tal vez, llegamos a comprender nuestra limitación. Pues bien, ese instante es ya fructífero: de la aceptación de la incomprensión, de la insuficiencia es posible llegar a una certeza.

Siguiendo lo anterior, si bien hablamos del Padre, si bien hablamos del Hijo y si bien hablamos del Espíritu Santo, hablamos profundamente de la Trinidad. La Trinidad denota de manera profunda lo que engloba, es decir, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo:

[...] no fue la voz del Hijo, sino la voz del Padre, la que resonó; solo el Hijo se apareció en carne mortal, padeció, resucitó y subió al cielo; y solo el Espíritu Santo vino en figura de paloma. Y quieren entender cómo aquella voz del Padre es obra de la Trinidad, y cómo aquella carne en la que solo el Hijo nació de una Virgen es obra de la misma Trinidad, y cómo pudo la Trinidad actuar en la figura de paloma, pues únicamente en ella se apareció el Espíritu Santo. (Agustín, 1985, I, 5, 8)

Por esa razón, tanto el Padre, como el Hijo y el Espíritu Santo son la Trinidad. Y esta Trinidad la forman tan solo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque sea, quizás, una redundancia. Dios, al que nuestra fe se dirige, es sobre todo la Trinidad, por lo cual el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. De ello una primera conclusión: la Trinidad es Dios. De esta conclusión es posible evocar una nueva explicación: comprender la manera en cómo está formada la Trinidad en el sentido de que no se habla de Dioses.

¿Cómo?, ¿acaso no hemos nombrado a tres dioses, es decir, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo?, ¿de dónde podemos comprender que es un solo Dios y no que de Dioses está formada la Trinidad?, ¿y si fuese esto posible, dado el caso, por qué es llamado Padre, por qué es llamado Hijo, y, lo que es nuestro tema en particular, por qué es llamado Espíritu Santo? El problema radica en la comprensión sumatoria que puede proceder de la Trinidad. Esta problemática llega a tornarse fácil de resolver si partimos del principio de que ninguna persona es menor o mayor que la otra; sencillamente, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Lo último no reclama una explicación y para evitar caer en incomprensiones san Agustín nos aconseja partir de una noción fundamental: que la Trinidad es el mismo Dios, y viceversa. Por ello, san Agustín dice: "Para insinuar la trinidad de personas, ciertas cosas se dicen de alguna de ellas, pero nunca exclusivamente, a causa de la unidad de esta Trinidad, pues una es la esencia y deidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (1985, I, 9, 19).

Ahora bien, desprendiendo de lo dicho ulteriores consecuencias, la Trinidad son tres personas en un solo Dios: este Dios es al que llamamos Trinidad. Como dijimos hace un momento, lo es porque la forman tres personas. La Trinidad, dice san Agustín, "a causa de la inseparabilidad de operaciones de esta única esencia, se dice en singular de una persona lo que es propiedad de todas" (1985, I, 12, 25). Es el mismo Dios y del cual todas forman parte y son lo mismo en donde se nos revela de tres maneras distintas: en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo —esto será la teología de identidad y unidad de Agustín que señalaremos más adelante—. Y lo que nosotros trataremos, y en lo que enfocaremos nuestro estudio, será la tercera persona de la Trinidad: el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo está en la Trinidad. Y cuando hablamos de la Trinidad, inevitablemente, hablamos también del Padre y del Hijo. Sin embargo, la "Trinidad tampoco se puede llamar Hijo; si en general Espíritu Santo, al tenor de aquella escritura: Porque Dios es espíritu" (Agustín, 1985, V, 11, 12). La Trinidad representa en sí tres palabras, dos simples y una compuesta: el Padre, el Hijo, las simples; y el Espíritu Santo, la compuesta. Por lo tanto —uno es el Padre, uno es el Hijo—, el Espíritu Santo es del Padre y es del Hijo; el único que posee dentro de sí (dentro de la misma palabra) algo que atañe a las dos personas divinas es el Espíritu Santo: porque padres no son los tres, ni son hijos los tres, pero "ciertamente el Padre es espíritu, y espíritu es el Hijo, y espíritu es también el Espíritu Santo" (V, 11, 12). De manera que, una vez más, queda confirmada la inseparabilidad de las tres personas en el misterio de la Trinidad.

Por otro lado, también la santidad (de donde viene lo de Espíritu Santo) es atribuida por antonomasia a las tres personas: desborda en ellas, vive en ellas, y no son sino enteramente santas. Por ello, dice san Agustín: "Dios es santo y

Dios es espíritu, se puede llamar Trinidad y Espíritu Santo" (V, 11, 12). Y este Espíritu que indica la "habitación santa" se refiere al Padre y al Hijo, pues es Espíritu del Padre y del Hijo.

Hasta ahora hemos mencionado la relación del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo. Cabe remitir una pregunta especialmente al mismo, es decir, ¿qué es lo propio del Espíritu Santo? Lo propio lo tiene en el nombre y en la relación de quien emana (del Padre) y de quien nos lo deja (del Hijo). Por su nombre, Él solo es Espíritu y solo es Santo; por su relación, es Espíritu del Padre y del Hijo. De ambas, del nombre y de su relación, se desprende lo que es por su ser, que es don de Dios; ya que "el Padre es espíritu y espíritu es el Hijo, y santo es el Padre y santo es el Hijo. Y para expresar en el nombre esa conveniencia y mutua comunicación se llama al Don de ambos Espíritu Santo" (Agustín, 1985, V, 11, 12). Por lo cual, ha de ser inadecuado confundir estas expresiones. Si bien se ha mencionado que este Espíritu Santo lo es también del Padre y lo es también del Hijo, solo lo es categorial o, dicho de otra manera, conceptualmente.

Es decir, el Padre tiene lo que le es propio, que es ser Padre, el Hijo lo suyo, que es ser Hijo, en cambio, el Espíritu Santo, además de ser don, tiene en sí y para los otros algo que a los dos, al Padre y al Hijo, les son propios de sí. Esto no rechaza o aleja categorías o quita propiedades del Espíritu Santo, sino que por ser Espíritu y por ser Santo, además de ser divinidad, ayuda a la comprensión dirigida hacia el Padre y el Hijo. Cuando hicimos mención de lo que tiene de sí, nos referíamos a cada una de las palabras por la que está compuesta, Espíritu y Santo; y cuando mencionábamos para los otros, ha sido porque el Padre y también el Hijo llevan su Espíritu y también son ellos Santos. En este sentido va la afirmación que hace Spicer en sus apuntes acerca del Espíritu Santo: "Lo que se dice del Hijo, se dice del Espíritu Santo, con la excepción de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo" (1991, p. 271).

Todo lo anterior nos ha servido para la comprensión del Espíritu Santo: lo que es propio del nombre, es decir, la palabra y su significado (Espíritu y Santo). Por ello, siempre tendremos presente esta precaución lingüística: "Decimos, es cierto, Espíritu del Padre, pero no es lícito decir Padre del Espíritu Santo, para que no se crea que el Espíritu Santo es hijo. Decimos también Espíritu del Hijo, pero nunca Hijo del Espíritu Santo, para que nadie imagine al Espíritu Santo como padre" (Agustín, 1985, V, 12, 13). ¿Qué es lo propio del Espíritu Santo? Responderemos por ahora que es Dios. Un solo Dios junto al Padre y al Hijo.

Preguntémonos: ¿acaso ya dejamos por sentada claramente la respuesta de las divinidades, a saber, que es un solo Dios y no Dioses? En lo más mínimo nos hemos alejado de esta pregunta, y siempre la hemos tenido presente aunque no la mencionamos, intencionalmente o no, en los párrafos anteriores.

Pues bien, detengámonos en ello utilizando algunos símbolos. Una cosa es la sustancia y otra todo aquello que se dice de ella; una cosa es la esencia y otra todo aquello que se produce de la misma; una cosa es el ser y otra todo aquello que de ella se desprende o todo aquello que se dice de él. Pongamos unos ejemplos más cercanos: una cosa es el fuego y otra el calor, la llama y la luz; una cosa es el agua y otra la fuente, el río y el mar. Y bien, ¿qué decimos cuando hablamos de la sustancia y de la forma en que se manifiesta ante nosotros?, piénsese, por ejemplo, la sustancia material y toda aquella materia que se desprende de su ser primo, ¿acaso no es la misma sustancia, como lo es el agua, pero bajo otro nombre?, ¿qué decimos cuando hablamos del agua y de la fuente, del río y del mar?, ¿acaso no es lo mismo decir agua de la fuente, agua del río y agua del mar?, ¿hay acaso otra manera de entender algo que no necesita más explicación? Si decimos algo y no se olvida ese punto primero, aunque aparentemente se mencionen otras cosas distintas de la misma, son esencialmente lo mismo, porque han nacido de ese momento primero (el agua, el fuego, etc.). No hay Dioses, por lo tanto, si mencionamos Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, pues fundamentalmente son lo mismo y tienen la misma naturaleza. Es por esta razón que Moriones dice:

[...] aquella es la verdadera grandeza que es la causa de toda grandeza. La grandeza absoluta es infinitamente más excelsa que todas las grandezas participadas. Dios no es grande con la grandeza que no es lo que es Él; Dios no es grande por participación de la grandeza, porque, en ese caso, la grandeza sería más perfecta que Dios, y nada existe más grande que Dios. Para Dios el ser y el ser grande son una misma realidad “y, por tanto, así como no decimos tres esencias, tampoco decimos tres grandezas”. (1993, p. 372)

Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son un solo Dios, y no nos encaprichemos intencionalmente en pensar que son Dioses. Uno es el Árbol, y dentro, la raíz, el tronco y los frutos no son sino lo suyo, es decir, su misma naturaleza: “Una cosa es la grandeza y otra la cosa grande. La grandeza absoluta es infinitamente más excelsa que todas las grandezas participadas. [...] Él es grande con la grandeza fontal de la grandeza” (Agustín, 1985, V, 10, 11).

Hemos explicado plausiblemente lo concerniente al Espíritu Santo partiendo del significado de su nombre. Como dijimos anteriormente, hablar de una de las personas de la Trinidad nos lleva inevitablemente a hablar de las demás; por ello, nos sumergiremos en las relaciones que existen entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Relaciones que no harán más que dirigir nuestro estudio al punto capital que pretendemos desarrollar en el segundo apartado: el Espíritu Santo como don.

Las Relaciones Divinas

En un principio, es lícito decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no actúan de manera distinta ni separada en la Historia de la Salvación. Por ello san Agustín dice:

Son tres según sus relaciones recíprocas; y si no fueran iguales, no solo cuando una dice habitud a otra, sino incluso cuando una de ellas se refiere a todas, no se comprenderían mutuamente. Se conocen una a una, y una conoce a todas ellas. Recuerdo que tengo memoria, inteligencia y voluntad; comprendo que entiendo, quiero y recuerdo; quiero querer, recordar y entender, y al mismo tiempo recuerdo toda mi memoria, inteligencia y voluntad. Lo que de mi memoria no recuerdo, no está en mi memoria. Nada en mi memoria existe tan presente como la memoria. Luego en su totalidad la recuerdo. (1985, X, 11, 18)

La Trinidad está totalmente presente en el actuar del Padre, en el actuar del Hijo y en el actuar del Espíritu Santo. La Trinidad actúa de manera que no sea posible en todo sentido la exclusión. La Trinidad, en su sentido más profundo, es la Comunión Perfecta. El teólogo Congar dice al respecto: “El obispo de Hipona se contenta con afirmar, en primer lugar, que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo” (1991, p. 525). ¿Qué relación existe entre ellas para que podamos decir que actúan de distinta manera, siendo que cada una no lo hace fuera de la Trinidad?, ¿quién actúa primero, el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo? Dicho simplemente, en lo que es de nuestro interés: ¿de quién procede el Espíritu Santo?

La manera en cómo resuelve el obispo de Hipona las inquietudes precedentes es utilizando las figuras de la memoria, el entendimiento y la voluntad. Estas tres pertenecen al alma; así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pertenecen a la Trinidad. Dice san Agustín: “Y así surge la trinidad integrada por la memoria, la visión interior y la voluntad, que une a las dos. Y, al apiñarse estas tres cosas en unidad, su reunión se denomina pensamiento” (1985, XI, 3, 6). De manera que las particularidades (la memoria, el entendimiento y la voluntad) giran y se mueven en la generalidad: en el alma. Dicho esto, vamos ahora a precisar ciertos aspectos que necesitan aclararse. De manera más eficaz debemos recaer en el tema de las procedencias: la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

a) Procedencia del Padre

La procedencia del Padre llega a captar más rápidamente nuestra atención si tomamos en cuenta la consideración del Hijo. Si llamamos hijo a un hijo es

porque tiene un padre. Un padre no es padre si no tiene un hijo. Si no fuera así, ¿qué sentido tendría el llamarlo de esa manera, es decir, padre? Entonces, es llamado padre por el regalo que viene del hijo, y de la misma manera el hijo. Es hijo por la gracia del padre. Esto en la Trinidad rezaría así: todo cuanto es llamado el Hijo, lo es porque lo recibe del Padre; el Padre es Padre por la relación filial del Hijo. En esto consiste fundamentalmente la procedencia del Padre. La cuestión cambia si hablamos de esta relación a partir del Espíritu Santo. Es decir, el Espíritu Santo no es llamado hijo del Padre, pues no es engendrado como lo es el Hijo. Por esta razón, “aunque no digamos que el Espíritu Santo ha sido engendrado, no osamos llamarle ingénito, para que nadie malicie en dicha palabra dos padres en aquella Trinidad soberana” (Agustín, 1985, XV, 26, 47). Por lo cual, podemos afirmar que el Espíritu Santo procede (no como lo hace el Hijo y no en la función que cumple el Padre) de uno como del otro, del Padre o del Hijo; pero con una fundamental precisión: procede por el amor que entre el Padre y el Hijo se desprende. Por esa razón, con justicia podemos llamar ingénito al Padre, pues, es llamado así a quien no tiene procedencia.

Cosa que no es atribuida al Espíritu Santo, “solo el Padre no procede de otro; por eso es el único que se denomina ingénito” (XV, 26, 47). La paternidad de Dios solo va dirigida al Hijo; no va dirigida al Espíritu Santo. Si el Espíritu Santo fuera engendrado, a la manera del Verbo, necesariamente debería tener una forma corporal como la tiene el Hijo que así fue y se encarnó en la Virgen María: cosa absolutamente errónea, pues eso no se encuentra escrito en ningún lugar de las Escrituras, el que el Espíritu haya hecho eso. No pudo haber sido engendrado, pero sí pudo haber tenido procedencia del Padre, lo cual es cierto absolutamente: “El Hijo es nacido del Padre, y el Espíritu Santo procede originariamente del Padre, y por don del Padre, sin intervalo del tiempo” (XV, 26, 47).

b) Procedencia del Hijo

Hemos tratado de explicar que el Espíritu Santo tiene procedencia de manera particular en el Padre. Y ¿el Hijo?, ¿no se puede afirmar que también procede del Hijo? Téngase cuidado en entender la manera en cómo procede del Hijo, ¿es acaso que fue engendrado por el Hijo?, o ¿de qué procedencia se está hablando? Si nos permitiésemos pensar que fue engendrado por el Hijo, el Hijo sería Padre y el Padre abuelo, naturalmente. Pues el Hijo tiene como Padre al que de un movimiento le dio vida: lo que aplicado de la misma manera al Espíritu Santo sería caer en un error nefasto y poner de cabeza la procedencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo procede del Hijo siempre con relación al Padre y junto al Hijo. Por ello, nos es lícito pensar que el Espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo de la siguiente manera: “de los dos procede el Espíritu de ambos, pero por ninguno de ellos fue engendrado” (Agustín, 1985, XV, 26, 47). Por lo tanto, el Espíritu Santo procede del Padre y

procede del Hijo: “no podemos afirmar que el Espíritu Santo no proceda del Hijo, porque no en vano se le dice Espíritu del Padre y del Hijo” (IV, 20, 29). Este proceder tiene un nombre: el amor.

c) Relaciones intratrinitarias

El Espíritu Santo procede del Padre y procede del Hijo. Y se dice procedencia, no que fue engendrado por ambos; si fuera engendrado, nuestra imaginación caería en tomar a uno como el Padre y al otro, quizás, como la Madre. La procedencia es la razón por la cual el Espíritu Santo manifiesta su naturaleza: el don que emana del Padre y del Hijo. Es cierto que solo Él procede de ambos; lo que escapa al entendimiento es cómo procede: si es primero del Padre de quien procede o del Hijo en lugar del Padre. Si procede primero del Padre, no se tendría problema en decir que el Padre es ingénito, pues solo Él no tiene procedencia de ninguno; en cambio, si decimos que procede primero del Hijo, naturalmente tendríamos que el Hijo también poseería el derecho de ser llamado ingénito, aunque no necesariamente como el Padre: haciendo de lado al Padre, el Hijo llevaría la categoría de que no procede de nadie. Una pregunta representa nuestra confusión: ¿dónde se encuentra el Padre o dónde habita cuando es del Hijo de quien procede, primero, el Espíritu Santo? “El Padre tiene en sí mismo el que de Él proceda el Espíritu Santo; así dio al Hijo el que de Él proceda el mismo Espíritu Santo, y ambos sin intervalo de tiempo” (Agustín, 1985, XV, 26, 47). ¿Qué es “sin intervalo de tiempo”? Tomemos un ejemplo cercano para explicar eso de “sin intervalo de tiempo”. Cuando se pronuncia una consonante, la letra “b” por ejemplo, decimos sencillamente “b-e”; pues bien, en el momento de la emisión de la voz se escucha “be”. En el fondo son dos cosas que se dicen: la “b” y la “e”. Una consonante, explícita, y una vocal, implícita, salen en la emisión de voz en el mismo momento en que se pronuncia. Es ello lo que sucede cuando el Espíritu Santo emana, a la vez, del Padre y del Hijo. De la misma manera sucede cuando se piensa en la procedencia del Espíritu Santo. Esta procedencia ha sido llamada don: “Para el Espíritu Santo, ser don de Dios es también proceder del Padre; y ser enviado es reconocer que procede de Él. Y no podemos afirmar que el Espíritu Santo no proceda del Hijo, porque no en vano se le dice Espíritu del Padre y del Hijo” (IV, 20, 29).

Para Sánchez Rojas, la relación entre el Padre y el Hijo, amor del que procede el Espíritu Santo, no sería propiamente el don que acabamos de nombrar, sino la reconciliación. El Espíritu Santo proviene del Padre y del Hijo a partir de una reconciliación dada a los hombres:

Ante todo, el Espíritu Santo, que tiene como propio el ser el amor y el Don del Padre y del Hijo, es presentado como don reconciliador porque es mediante Él que recibimos y vivimos la reconciliación que el Hijo nos ha obtenido. A la pregunta: ¿Cuál es la acción propia del Es-

píritu en la reconciliación que el Padre ha realizado por medio de su Hijo?, podemos responder con san Agustín que esta acción consiste en la actualización (a modo de don) del perdón de los pecados y la comunión con Dios y entre los hombres. (Sánchez Rojas, s. f.)

La Trinidad en la Historia de la Salvación no revela a un Dios cuyo plan esencial consiste en dictar y redactar aquello que ha de ser cumplido y aquello que ha de ser evitado, sino, por el contrario, a un Dios comprometido con la historia en todos sus matices concretos y enfocado, con sus gozos y alegrías, desde las instancias más parcas hasta las más efusivas:

Si el misterio está en la Historia, la historia es "santa", no por ninguna clase de sacralización —ya que continúa siendo profana—, ni por una extrapolación mística —que la vaciaría de sí misma—, ni por una superestructura heterogénea, sino según su densidad terrestre y en la autonomía de sus causas en la total asunción crística. La misma y única historia: contra una distinción estática de los planos hay que mantener las dimensiones de la misma realidad concreta. El progreso de la historia no se introduce por azar en la gracia, ni construye el reino de Dios, ya que la vida que Dios nos ofrece es dada gratuitamente en su amor y supera cuanto podemos conseguir en la historia. (Vilanova, 1992, p. 976)

El Espíritu Santo como don

La llegada del Espíritu Santo

Encontraremos un texto muy importante dentro de nuestro trabajo que ayuda, sin duda alguna, a comprender la llegada del Espíritu Santo, pues, si no fuera de ese modo, sería dificultoso entender qué significado encierra el hecho de que llamemos al Espíritu Santo don. Por lo tanto, si hemos de mirar al Espíritu Santo como don, comencemos advirtiendo que "La eternidad en el Padre, la belleza en la Imagen y el uso en el Don" (Agustín, 1985, VI, 10, 11).

No habría algo en qué detenerse a no ser que se omita la palabra Espíritu Santo; tenemos entendido que el Padre es Eterno, definición absolutamente cierta; en cuanto a la belleza en el Hijo, no es sino recalcar y maravillar la presencia que tuvo Cristo en la tierra, no solo maravilló nuestros ojos sensibles, sino que su belleza espiritual cautivó nuestro espíritu: ¿acaso no causa ese efecto algún contacto con lo bello en nuestro ser? Entonces, no se dice Espíritu Santo, se dice don, el uso en el don. Percatémonos de dos cosas. En principio, si llamamos al Espíritu Santo de una manera que se asemeje más a

su esencia divina, una demasiada útil y adecuada es llamarlo don; es don que se nos regala, es don que se nos da gratuitamente. Este don produce en nosotros un gozo. ¿A qué gozo nos referimos? Al gozo que causa en nosotros la conversión, al gozo que llena nuestros más recovecos espacios existenciales al sentir a Cristo cada vez más íntimamente: actuar justamente, llevar una vida despreocupada, servir desinteresadamente, ir en contracorriente frente a nuestros lugares acomodados y que en algunos casos rayan en la burguesía, optar por la gente sencilla, luchar por ellos o pasar el mayor tiempo de nuestro día preocupándonos por su vida, crear ideales que vayan más allá de lo establecido, soñar por algo distinto aun a costa de nuestra vida. Es este don que llena de gozo nuestra existencia, y, aunque sea poco creíble, es este gozo que no pocas veces desestabiliza muchas estructuras, las cercanas y hasta las lejanas. Y es por esta razón que también es un don, pues no merecíamos el haberlo recibido: "es [...] el Espíritu Santo, no engendrado, suavidad del que engendra y del engendrado, que se difunde con infinita liberalidad y abundancia por todas las criaturas, en la medida que son capaces" (VI, 10, 11).

Ahora bien, en segundo lugar, si vamos perfilando la idea de don a la que nos referimos de una manera más adecuada al Espíritu Santo, entra en juego saber lo siguiente: si es llamado don, ¿cuándo fue dado? o, si es don, ¿quién lo dio? Pensemos por un momento en que no sabemos nada acerca de por quien fue dado, que por algo se llama don, pues por alguien ha debido ser dado, ya que llamamos don a aquello que se da. Entonces, como dijimos, si faltase esta vez a su obligación nuestra memoria y no supiésemos nada acerca de por quién fue dado, solamente tenemos la certeza de que fue dado por el Padre y el Hijo. La cuestión se complica un poco si pensamos, cosa que es cierta, que el Hijo es Hijo porque naciendo llega a ser Hijo, en cambio, si del Espíritu Santo se trata, si fue dado, ¿cuándo se llegó a dar?, ¿en el bautismo de Jesús?, ¿en Pentecostés? ¿A la conclusión que podríamos llegar a través de esta conjetura es que el Espíritu Santo llegó a ser don después que fue dado?, ¿cuando el Padre y el Hijo lo dieron como don, el Espíritu Santo tuvo esencia y sustancia propia? O, dicho de otro modo, ¿el Espíritu Santo fue siempre y eternamente don?, ¿entonces lo fue antes de ser dado o solo lo llegó a ser cuando fue dado?, por lo cual ¿sin ser dado no llegaría a ser don?, ¿existía antes de ser dado, pero no aún como don?

En suma, si el Espíritu Santo es don, ¿quién lo dio? El Padre junto al Hijo, "El Padre y el Hijo son los donantes y dan aquello que comparten, ni más ni menos que su divinidad" (Spicer, 1991, p. 285). ¿Cuándo lo dio?, en el tiempo: "Don es el Espíritu Santo desde la eternidad, donación en el tiempo" (Agustín, 1985, V, 16, 17). Pero será en un tiempo predestinado: cuando el Hijo de Dios venga al mundo.

"Por el Espíritu Santo que se nos ha dado"

Cuando hablamos del Espíritu Santo como don, decimos "Don del Padre y del Hijo", es decir, que viene del Padre y viene del Hijo; pero si dijésemos "Padre del Don o Hijo del Don", sería algo así como decir que del Padre sale, no decimos cómo, y también sale del Hijo, que tampoco sabemos cómo lo hace: como ya dijimos anteriormente, no puede salir del Padre como lo hizo el Hijo, es decir, como Hijo, ni salir del mismo Hijo como lo hizo el Hijo al salir del Padre. "Se dice Don del dador y dador del Don; pues aquí podemos encontrar una palabra en uso" (Agustín, 1985, V, 12, 13). El Hijo es el único que posee la cualidad de relación respecto al Padre, por eso es que se lo llama Hijo del Padre, "lo que del Padre nace al Padre solo se dice relación, como Hijo, y por eso se le llama Hijo del Padre y no nuestro" (V, 14, 15). Llamamos relación a aquello que tiene una unión directa entre una persona y otra: la relación directa del Padre al Hijo; pues entre ellos está la relación de filiación y paternidad, o, llámese también, si se quiere, relación de Paternidad: "Salió como don [dice san Agustín sobre el Espíritu Santo], no como nacido, y por esto no se le llama Hijo, pues no es nacido, como el Unigénito, ni renació por la gracia adoptiva, como nosotros" (V, 14, 15). Sin embargo, la relación entre el Dador y lo que se da goza de una suerte parecida pero en distinto modo: "Lo que se da dice relación al dador, y aquellos a quienes se da" (V, 14, 15). En la relación entre el Dador y lo que se da, gozamos o entramos a formar parte de esta suerte, pues, una cosa es el Dador, el Padre y el Hijo, y otra cosa lo que se da, que es el Espíritu Santo, y una cosa muy distinta son los destinatarios, aquellos que lo reciben. Tenemos entonces un rasgo característico entre la primera relación y la segunda relación: la primera solamente incluye al Padre entre el Hijo; la segunda, por su parte, incluye unos destinatarios, de lo que sabemos entran en escena tres momentos, el que da, lo que se da y las personas que la reciben.

¿Cuáles son estos destinatarios o quienes reciben este don? Todas las personas, absolutamente todas, que viven de acuerdo con la gracia. "Así, el Espíritu Santo se dice Espíritu del Padre y del Hijo, que lo dieron, y también nuestro, pues lo recibimos" (V, 14, 15).

Ahora bien, ¿por qué se nos dio el Espíritu Santo y por qué fue derramado propiamente en nuestros corazones, como lo dice el Apóstol san Pablo? Cuando se cumplió el tiempo, mandó Dios a su Hijo (Gál 4,4). Y amó Dios tanto al mundo que entregó su vida por nosotros (Jn 3,16). En estos dos textos de la Escritura encontramos dos importantes referentes que nos ayudarán, en gran medida, a responder a la pregunta que nos hacíamos hace un momento. Sostengamos en principio que Dios mandó a su Hijo, luego, que su Hijo entregó su vida por nosotros: dos cosas que ya son conocidas por todos, tristemente, claro, pues ya a veces estas cosas suenan "como bronce que resuena o pla-

tillos que aturden" (1 Co 12,31) y pasan desapercibidas por el hecho de que las oímos ya muchas veces. Pero dejemos de lado esta exagerada apreciación. Decíamos, Dios nos dio al Hijo y el Hijo dio su vida voluntariamente por nuestra salvación. Si traemos ahora aquí la primera pregunta, esto es, ¿por qué se nos dio el Espíritu Santo?, respondemos: el Hijo dio su Espíritu cuando caminó junto a sus discípulos y, además, cuando el Hijo, luego de ascender al cielo, envió su Espíritu Santo a los apóstoles que estaban reunidos; si trajésemos también a la mente la pregunta de ¿por qué fue derramado en nuestros corazones?, responderíamos que porque es en el corazón donde Dios quiere habitar; pues, "es nuestro Dios quien tiene que purificar estos ojos para que puedan verlo. Porque *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*" (Agustín, 1955, 20, 11).

Ciertamente, ahora poseemos el Espíritu Santo, ya que fue derramado a los apóstoles el día de Pentecostés y fue derramado también en su Iglesia. Es un don que Dios derramó y sigue derramando incesantemente en todos. No se dice que será derramado este don, no se piense que será en un tiempo futuro cuando será derramado, no; y si esto así lo fuera, en futuro ya no tendríamos necesidad de llamarlo don, pues no se nos da gratis. Se dice, escribe san Pablo, "Por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom 5,5), pues, ya se nos ha dado: por un lado, piénsese cuando por medio del sacramento de la confirmación se nos da, por la oración que hace la Iglesia, y se pide que sea derramado en nosotros este don, es decir, el Espíritu Santo; y por otro lado, también es dado a todos, ya que si no fuera así no se podría pensar en la conversión de muchos, que aunque no pertenecen propiamente a la Iglesia, en un momento dado terminan siéndolo. El Espíritu Santo, don del Padre y don del Hijo, fue derramado el día de Pentecostés, de una vez para siempre, y este derramamiento o donación siempre tiene un presente vivo, es actual; pues, además de dárseos gratis, entra en nosotros y guía nuestro corazón a Aquel por quien fue dado este don. Y todo lo que poseemos es porque se nos dio este don: "Pues los que se dicen nuestros méritos son sus dones" (Agustín, 1985, XIII, 10, 14). Y este don, que es el Espíritu Santo, además que se nos dio, no cesa de dárseos siempre: "para que la fe obre por el amor, *la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*" (XIII, 10, 14). Este don es gratis, inmerecidamente lo tenemos: "Dios, dice el Apóstol, *avalora su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros*" (XIII, 10, 14), y tiene una presencia actual: "Si, siendo enemigos, hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados, seremos salvos en su vida" (XIII, 10, 14).

Cuando Cristo dio el Espíritu Santo, también él mismo lo recibió, pero como hombre; cuando lo recibe, lo hace para que todos los hombres lo pudiésemos recibir por medio de él: "En la medida en que Jesús es un ser humano como cualquier otro, está también Él sujeto a la gracia" (Smalbrugge, 1999, p.

249). No se recibe el Espíritu Santo sino es porque Cristo se hizo hombre. De dos maneras actúa la presencia del Espíritu Santo en Cristo: por un lado, Él lo envía ya después de la ascensión al cielo, y por otro lado, Él, en su condición de hombre, lo recibe, por lo cual decimos que el Padre envió el Espíritu Santo a su Hijo. "Por esto, el mismo Señor Jesús no solo dio como Dios el Espíritu Santo, sino que lo recibió también como hombre; por lo cual se le dice lleno de gracia y del Espíritu Santo" (Agustín, 1985, XV, 26, 46). ¿En qué momento de su vida terrena recibió el Espíritu Santo el Hijo de Dios?, o, ¿qué pensamos cuando decimos que en su vida terrena recibió el Espíritu Santo?, ¿qué significado encierra que en el día de su bautismo, Jesús, haya recibido el Espíritu Santo que bajó del cielo en forma de paloma? El bautismo de Jesús encierra de manera simbólica la figura de lo que será la Iglesia, es decir, prefigura su cuerpo: "en cuyo regazo reciben los bautizados el Espíritu Santo" (XV, 26, 46). Pues bien, "Mas Cristo no fue ungido con el Espíritu Santo en el momento de su bautismo", sino que hemos de entender la unción, o el que haya sido ungido, como una "mística e invisible unción cuando el Verbo se hizo carne, es decir, cuando la humana naturaleza [...] se unió al Verbo de Dios en las entrañas de una virgen, formando con Él una sola persona. Por eso confesamos que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María" (XV, 26, 46). Sin embargo, para no caer en demasiadas confusiones, digamos, fue ungido de manera invisible por el Espíritu Santo, pues así nos hace a nosotros, su Iglesia, partícipes de esta unción. Por ello es que decimos que en la tierra ya recibió el Espíritu Santo.

Este don que se nos da, que actúa y que desborda la tierra con sus dones y que los derrama en abundancia, es el Espíritu Santo que se nos ha dado. Es este Espíritu Santo que cuando Él quiere desparrama, pues no todo nos es provechoso; por lo cual, es así libertad suprema, bondad inmensa, gracia plena, aire que refresca, viento que hace tambalear los pilares de una "casa": "Conocemos que permanecemos en Él en que nos dio su Espíritu. Luego el Espíritu Santo hace que permanezcamos en Dios y Dios en nosotros, y esta obra es del amor" (Agustín, 1985, XV, 17, 31). Cuando es dado al hombre este Espíritu Santo, o este don, le inflama en el amor de Dios; pues esta es la razón principal de que el Espíritu sea don, o sea gracia: que sin merecernos nada, en nuestra máxima miseria se nos dé aquello que no esperamos; y de ahí deducimos que Dios vino al mundo cuando éramos pobres, cuando no teníamos nada ni merecíamos nada, pues si no teníamos a alguien que nos haga ricos, menos aún podemos esperar que se nos dé algo. Al igual que la salvación dada por Cristo, se nos dio este don, que es llamado Espíritu Santo. Tanto en la encarnación como en esta donación no tienen otro mejor nombre que el Dios-Amor es el Espíritu Santo. Si amamos a Dios es gracias al Espíritu Santo: todo es don, todo es gracia. Por la misma

[...] razón que al Espíritu se le llama amor y es el amor de Dios, el Espíritu Santo, que se nos da a través del Verbo del Padre, nos hace permanecer en

Dios y Dios en nosotros. El amor hace la fe viva y el amor que sentimos hacia Dios procede de Dios; es una participación en el mismo amor de Dios, que es Dios. Por eso cuando amamos a Dios vivimos en el amor de Dios y verdaderamente Dios habita en nosotros y nosotros en Dios, produciendo un espíritu de unidad que crea la inspiración. (Spicer, 1991, p. 285)

Se entiende por qué en situaciones de nuestra existencia hemos sentido un cierto deseo, una curiosa llamada, una incesante búsqueda, pues sin saber de quien procedía presentíamos este llamado a la trascendencia, era algo ya distinto e importante: "Cuando este Espíritu, Dios de Dios, se da al hombre, le inflama en amor de Dios y del prójimo, pues Él es amor. No puede el hombre amar a Dios si no es por Dios" (Agustín, 1985, XV, 17, 31).

Hemos mencionado anteriormente que Cristo otorgó en la tierra el Espíritu Santo y después lo envió el día de Pentecostés ya estando en el cielo. Por ello, "los límites de este sondeo de profundidad son los que a cada individuo impone Dios el donante, el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo, que fue enviado por el Hijo para que, como Jesús, podamos ser uno con el Padre, uno en un sentido crístico" (Spicer, 1991, p. 283). Si es un don que se nos da y este don viene de Dios, es un don significativamente maravilloso. Y un don así solamente puede ser comparado con la palabra Amor. Pues,

Por esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis mutuamente. Como si dijera: Los que no son míos tienen también otros dones míos comunes a vosotros, no solo naturaleza, vida, sentidos, la razón y la salud, que es común a todos los hombres y a las bestias; sino también el don de lenguas, los sacramentos, el don de profecía, de ciencia, de la fe, de repartir su hacienda a los pobres, de entregar su cuerpo a las llamas; pero, porque no tienen caridad, hacen ruido como los címbalos, nada son, de nada les aprovecha. (Agustín, 1957, 65, 3)

¿De qué sirve el ruido de las palabras cuando calla el corazón? Esto sucede cuando este don no tiene en nosotros por lo menos un mínimo de receptividad. Si Cristo se dio a sí mismo para nuestro bien y ganó la muerte, esta es la historia del Hijo de Dios; pero la historia del Espíritu Santo, a diferencia del Hijo, es decir, el propio Cristo, que fue quien lo llevó a término, ha de ser terminada por nosotros. La historia del Espíritu Santo es una historia de la gracia dada a los hombres, siendo así una historia en donde los hombres la terminan.

Ellos hacen los últimos relatos. Pues, por ello se dijo que el Amor, o el Espíritu de Amor, se mide conforme cuánto amemos al prójimo, o dicho de otro modo, el amor a Dios se mide por el amor al prójimo. Y no lo podríamos cumplir sino es porque derrama caridad en nuestros corazones: "Amémosle, pues, y unámonos a Él mediante el amor que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha dado" (Agustín, 1985, VII, 3,5). El teólogo Víctor Codina, en su libro *No extingáis el Espíritu*, resalta la separación innecesaria de la reflexión acerca del Espíritu Santo y de la vida cristiana:

Pero el Espíritu no es solo objeto de reflexión teológica, materia para un tratado de Pneumatología, sino que es una luz cálida desde la cual se contempla toda la realidad y también toda la teología: la vida cristiana, la Iglesia, el universo (la historia, la creación, la escatología). [...]

Este Espíritu al que nos referimos no es el de Hegel u otros filósofos, ni tampoco el de algunos movimientos entusiastas que han irrumpido a lo largo de la historia de la Iglesia, desde los montanistas hasta Joaquín de Fiore, desde los alumbrados a los iluministas modernos o postmodernos. Se trata del Espíritu de Jesús, del Espíritu Santo, que es "Señor y dador de vida", como rezamos en el credo nicenoconstantinopolitano. (2008, p. 14)

Los dones del Espíritu Santo

Por ser derramado en nosotros el Espíritu Santo nos hace templos suyos. No solo eso, sino que además somos templo del Espíritu Santo porque fue derramado en el día de Pentecostés a los discípulos reunidos, quienes constituyeron la Iglesia. Además, somos templo del Espíritu Santo porque Dios habita en nosotros. "¿No sabéis que vuestros cuerpos son en vosotros templo del Espíritu Santo, que habéis recibido por Dios?" (Agustín, 1988a, 5, 13). Y lo somos, es decir, somos templos del Espíritu porque fuimos bautizados: "Bautizaos y seréis templo suyo" (5, 13). Y no sería llamado Dios el Espíritu Santo si no nos hubiera sido mandado bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por tanto, Dios, como Espíritu Santo, edifica nuestros cuerpos para que seamos templo suyo, aunque ya fue recibido en nosotros esta efusión. Si Dios edifica nuestros cuerpos, si "Dios edifica nuestros miembros y nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, no se os ocurra dudar siquiera de que el Espíritu Santo es Dios" (5, 13).

Pues bien, este don que se nos da no es dado de manera singular; el don es recibido en plural. Por ello hablamos de dones, pues no recibimos un solo

El Espíritu Santo como en el pensamiento de San Agustín

don, sino que recibimos, a la vez, varios dones. El Espíritu actúa de distintas maneras. Y estas distintas maneras son los llamados dones del Espíritu Santo. O podemos decir, a la vez, que el Espíritu sopla donde quiere, actúa como Él quiere. Su soplo llega de distintas maneras, y estas distintas maneras en que nos llega a nosotros, y en que llegó a los discípulos el día de Pentecostés, son los dones del Espíritu Santo, ya que "Todas estas cosas las obra un único y mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno sus dones según le place" (Agustín, 1985, XV, 19, 36).

Una de las figuras más finas y que puede ilustrar mejor respecto de los dones del Espíritu Santo es el ejemplo del agua, como el símbolo de los dones de Dios. Cuando se nos dice en la Escritura que el que tenga sed, venga a mí y beba (Jn 7,37), se señala que bebiendo nos nutrimos, pero, como se sabe, con el agua es que podemos llenar nuestra vida y seguir viviendo, pues tiene la capacidad de darnos vida. Por lo tanto, el agua que el Señor nos dice que tiene y que nos da a beber es "agua viva, como expone el evangelista, es el Espíritu Santo, sin duda el Espíritu Santo es Don de Dios". Por ello, se dice: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú quizá le hubieras pedido y Él te hubiera dado agua viva" (Agustín, 1985, XV, 19, 33).

El Espíritu Santo tiene diversidad de dones, pero "entre los dones de Dios ninguno más excelente que el amor, y el Espíritu Santo es el don más exquisito de Dios" (Agustín, 1985, XV, 19, 37); de donde decimos que el Espíritu Santo nos otorga los dones como Él dispone, pues tiene una sabiduría en sí mismo que solo Él conoce. Estos dones se descubren ante nuestros ojos a medida que vamos creciendo, tanto espiritual como corporalmente. Poseemos dones que solo dentro de un determinado contexto y momento se revelan ante nuestra vista. Algunos tienen unos, otros poseen los que a estos u otros les falta, cada uno no los posee todos, sino que "unos y otros otros, aunque cada uno tiene el Don, es decir, el Espíritu Santo" (XV, 19, 34).

Nos surge la preocupación: ¿por qué se da a todos nosotros los dones del Espíritu Santo?, ¿qué razón existe? La razón primordial tiene que ver con el pecado que todos poseemos y en el que tenemos la inevitable tentación a caer. Pues en la tierra estamos sujetos a los males, y se nos dan los dones para que podamos contradecir estos males y dar la batalla necesaria para evitarlos. Por ello, "cuanto con la prudencia, fortaleza, justicia y templanza ejecutemos, pertenece a la ciencia o disciplina que dirige nuestras acciones huyendo del mal y apeteciendo el bien; y asimismo todos los ejemplos" (Agustín, 1985, XII, 14, 22). Si está a nuestro alcance evitar los males, por ello están los dones: "Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa" (XV, 28, 51).

Así vamos en esta vida: creyendo, soñando y viviendo bajo ilusiones; construyendo nuestros proyectos, realizándolos poco a poco, como por debajo;

luchando por nuestros ideales, construyendo algo distinto, dentro y fuera de nuestras comunidades. A esta vida es que Dios, Jesús, quiso venir al mundo, y nos prometió “enviar su Espíritu, y lo envió; pues, según estaba escrito y profetizado, *subió a lo alto, y cautivó la cautividad, y dio sus dones a los hombres*” (Agustín, 1985, XIII, 10, 14).

El Espíritu Santo actúa, dice san Agustín, en la unidad; pero ¿qué unidad?, les decía a los herejes: en la unidad de la Iglesia Católica (Agustín, 1983, Sermón 267). Entonces, si el Espíritu Santo actúa en la Iglesia, ¿cómo es posible que muchos no cristianos, por llamarlos así, lleguen a la Iglesia sin que tengan ningún vínculo con ella y terminen siendo excelentes cristianos?, ¿dónde o qué explicación encontramos para aquellas personas que son felices, son excelentes testimonios para muchos en las diferentes opciones, religiones o creencias que pertenecen? ¿dónde situamos a la Samaritana que pide a Jesús de beber, siendo ella para nada conocedora de Jesús ni discípula suya? No escatimemos ante todo que el Espíritu Santo es dado por el Padre y es dado por el Hijo; y es dado a todos los hombres, de igual manera la encarnación de Cristo es dada para todos. El Espíritu Santo puede actuar donde quiere: “Él sopla donde quiere” y lo hace al margen de la Iglesia, fuera de la Iglesia y en la Iglesia.

Y no nos obstinemos en decir que sí actúa en la Iglesia. Pues, por algo se dijo: los dones que nos dieron por “el Espíritu Santo que se nos ha derramado” (Rom 5,5). No pensemos que el Espíritu Santo actúa solo en la Iglesia, porque después le mandaremos, bajo nuestras circunstancias, que actúe, luego que no lo haga y, finalmente, que se calle.

Conclusión

El misterio de la Trinidad que san Agustín comenta es un desglosamiento de las tres personas divinas. Estas tres personas han plasmado en la Historia de la Salvación la Comunión Perfecta. Sin embargo, se manifiesta la limitación humana al tratar el misterio y buscar entenderlo; como Moriones dice: “Ante la magnitud del misterio la mente se turba” (1993, p. 366). Pero tenemos un camino que abre nuestro entendimiento, la fe; por ello dirá san Agustín: “La fe nos conducirá a la visión” (1985, I, 10, 21).

¿Qué comprensión nos enseña el misterio de la Trinidad? La manera como está formada la Trinidad. La indisolubilidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como fórmula unida a las raíces de la Tradición Apostólica, en la que, junto a san Agustín, cada uno puede ser llamado como discípulo de esa herencia. La Trinidad también nos enseña la comprensión de las relaciones entre las tres personas. La relación dirigida a su divinidad refleja la comunión entre

todas. Todas son un solo Dios; una comunión que respeta la acción de cada una, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo actúan de manera distinta ante nosotros. Este actuar, sin embargo, halla en sí mismo la naturaleza de las tres personas; actúan de manera distinta pero siempre en comunión. No son dioses que actúan al margen de la potestad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es un solo Dios con tres rostros distintos; cada rostro refleja la comunión de la Trinidad, pues es por su persona que son distintos, pero mantienen la unidad por ser un solo Dios. San Agustín, como dijimos, se ha mostrado siempre un fiel comentador de la Tradición Apostólica.

La persona del Espíritu Santo es la única que contiene en sí misma cualidades del Padre y del Hijo; el Padre es Santo, a la manera como es el Hijo. Pero considerado esto a partir de la naturaleza del Padre y del Hijo no sería correcto, pues no procede de ninguno. El Espíritu Santo no es Hijo del Padre; de la misma manera que del Hijo no nace el Espíritu Santo, pues tampoco el Hijo llegó a ser Padre. Solo el Espíritu Santo procede del Amor, de un solo movimiento, de la acción del Padre y del Hijo. Del amor mutuo entre el Padre y el Hijo nace el Espíritu Santo. Royo, en su libro *El gran desconocido*, hace hincapié en ese amor: “La fe nos enseña que el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, procede del Padre y del Hijo por una sublime espiración de amor” (2002, p. 17).

Cuando envié este trabajo pidiendo sugerencias del teólogo Víctor Codina, me recomendó, admirado, que hubiera sido aconsejable comenzar por la Trinidad *ad extra* y no por la *ad intra*. Es decir, reflexionar (partiendo de la Trinidad *ad extra*) en torno a la actuación del Espíritu Santo, como un soplo, en la Historia de la Salvación y evitar, así, iniciar en la Trinidad *ad intra*: la manera como está constituida la Trinidad. Dicho proceder no hubiera sido de alguna manera coherente si se quiere ser fiel al pensamiento de san Agustín.

El don del Espíritu Santo purifica nuestros corazones. Nos acerca a Cristo. No es un don que quede en el olvido luego de haberlo recibido. En este don (dado en el bautismo) radica toda una influencia para acercarnos cada vez a Jesús. El don es depositado en nuestro corazón para que sea cada vez más puro. Un corazón donde Dios quiere habitar. Por ello san Agustín dice: “es nuestro Dios quien tiene que purificar estos ojos para que puedan verlo. Porque *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*” (Agustín, 1955, 20, 11).

Toda la pneumatología agustiniana debe descender en una pneumatología más popular, cada vez más cerca del pueblo. Aunque no hayamos seguido el consejo del teólogo Codina, sus palabras hoy resultan proféticas si se piensa en la vida cristiana: “El Espíritu es el que ilumina el corazón humano para que, saliendo de sí, confíe en Dios: el acto de fe es un don del Espíritu. La mistagogía ha de ser hoy una tarea prioritaria de la pastoral de la Iglesia en todos sus sectores” (Codina, 2008, p. 20).

En estos tiempos es necesario hablar del espíritu Santo que sopla constantemente en la Iglesia, es decir, en el Pueblo de Dios. Es por esa razón que me parece muy oportuno capturar el sentido del don. Un don que se manifiesta gratuitamente en el mundo. Ese mismo don quiere habitar y seguir soplando cada vez en la Iglesia. Terminemos citando, como si se tratara de una deuda pendiente, las lacerantes palabras de Codina:

Juan Pablo II, en su encíclica *Dominum et vivificantem*, sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo (1986), cita un lúcido y profético texto de Pablo VI: "A la cristología, y especialmente a la eclesiología del concilio [Vaticano II], debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo del Espíritu Santo, justamente como necesario complemento de la doctrina conciliar". Quizá si se hubieran cumplido estos deseos de Pablo VI, la Iglesia caminaría hoy por otros derroteros más esperanzadores. Quizá todavía estemos a tiempo y, recuperando la dimensión del Espíritu, podamos vislumbrar a lo lejos, como el profeta, una rama de almendro que florece en medio de la noche del invierno, para anunciar la primavera futura (Jr 1,11-12). (2008, p. 15)

Referencias bibliográficas

- Agustín, S. (1955). Tratados sobre el Evangelio de san Juan (1-35). En Prieto Teófilo (trad.). *Obras completas*, tomo XIII. Madrid: BAC.
- . (1957). Tratados sobre el Evangelio de san Juan (36-124). En Vicente Rabanal (trad.). *Obras completas*, tomo XIV. Madrid: BAC.
- . (1983). Sermones 4.º (184-272). Sermones sobre los tiempos litúrgicos. En Pio de Luis (trad.). *Obras completas*, tomo XXIV. Madrid: BAC.
- . (1984a). Escritos antipelagianos (3.º). En Teodoro Madrid y Luis Arias (trads.). *Obras completas*, tomo XXXV. Madrid: BAC.
- . (1984b). Tratados sobre la gracia (1.º). En Victorino Capanaga et al. (trads.). *Obras completas*, tomo VI. Madrid: BAC.
- . (1985). Tratado de la Santísima Trinidad. En Luis Arias (trad.). *Obras completas*, tomo V. Madrid: BAC.
- . (1988a). Sermón a los catecúmenos sobre el símbolo de los apóstoles. En Teodoro Madrid et al. (trads.). Escritos varios (1.º) (pp. 651-712). *Obras completas*, tomo XXXIX. Madrid: BAC.
- . (1988b). La fe y el símbolo de los apóstoles. En Claudio Basevi et al. (trads.). Escritos varios (1.º) (pp. 363-421). *Obras completas*, tomo XXXIX. Madrid: BAC.
- Codina, V. (2008). *No extingáis el Espíritu. Una iniciación a la Pneumatología*. Santander: Sal Terrae.

- Congar, Y. M-J. (1991). *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder.
- Chenu, M. D. (1960). *La fe en la inteligencia*. Barcelona: Estela.
- Fitzgerald, A. (2001). *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*. Burgos (España): Monte Carmelo.
- Morán, J. (1959). Las relaciones divinas según san Agustín. *Augustinus*, 4, pp. 353-372.
- Moriones, F. (1993). La Santísima Trinidad, según san Agustín. *Augustinus*, 38, pp. 359-377.
- . (2004). *Teología de san Agustín*. Madrid: BAC.
- Papini, G. (1953). *San Agustín*. México: Latinoamericana.
- Royo, A. (2002). *El gran desconocido. El Espíritu Santo y sus dones*. Madrid: BAC.
- Sánchez Rojas, G. (s. f.). *El Espíritu Santo reconciliador en la teología de San Agustín de Hipona*. Enciclopedia Católica. [Consultado el 25 de marzo del 2015 en http://ec.aciprensa.com/wiki/Agust%C3%ADn_de_Hipona:_El_Esp%C3%ADritu_Santo_reconciliador_en_la_telog%C3%ADa_de_San_Agust%C3%ADn_de_Hipona].
- Smalbrugge, M. A. (1999). Aspectos trinitarios en la doctrina agustiniana de la gracia. *Augustinus*, 44, pp. 247-252.
- Spicer, M. (1991). El De Trinitate, bautismo de la inteligencia. *Augustinus*, 36, pp. 259-293.
- Vilanova, E. (1992). *Historia de la teología cristiana. III: Siglos XVIII, XIX y XX*. Barcelona: Herder.